



Walter Scott

La Cámara de
los Tapices

E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

LA CÁMARA DE LOS TAPICES

WALTER SCOTT

PUBLICADO: 1828
FUENTE: EN.WIKISOURCE.ORG
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA

LA CÁMARA DE LOS TAPICES

Hacia el final de la guerra de América, cuando los oficiales del ejército del lord Cornwallis que capituló en Yorktown, y otros que habían caído prisioneros durante aquella controvertida y desventurada contienda, regresaban a su patria para contar sus aventuras y reponerse de sus fatigas, había entre ellos un oficial general a quien la señorita S. dio el nombre de Browne, aunque solo, según entendí, para evitar el inconveniente de presentar un agente sin nombre en el relato. Era un oficial de mérito, así como un caballero de elevada consideración por su linaje y sus dotes.

Ciertos asuntos habían llevado al general Browne a recorrer los condados del oeste cuando, al concluir una etapa matutina, se encontró en las cercanías de una pequeña ciudad rural que ofrecía una estampa de singular belleza, de un carácter inequívocamente inglés.

La pequeña ciudad, con su majestuosa iglesia antigua cuya torre daba fe de la devoción de siglos remotos, se alzaba en medio de praderas y sembrados de escasa extensión, pero delimitados y divididos por arboledas de setos de mucha edad y envergadura. Apenas se advertían señales de mejoras modernas. El entorno del lugar no insinuaba ni la soledad de la decadencia ni el ajetreo de lo novedoso; las casas eran viejas, pero en buen estado, y el hermoso riachuelo murmuraba libremente a su paso a la izquierda de la población, sin que ninguna presa lo represara ni ningún camino de sirga lo bordease.

En una suave elevación situada casi una milla al sur de la ciudad se divisaban, entre numerosos robles venerables y enmarañados matorrales, las tor-

res de un castillo tan antiguo como las guerras de York y Lancaster, aunque parecía haber recibido importantes reformas durante la época de Isabel y sus sucesores. No había sido un lugar de gran tamaño, pero todo el acomodo que antaño ofreciera se suponía aún disponible entre sus muros; al menos, tal era la conclusión que el general Browne extrajo al observar el humo que ascendía alegremente de varias de las antiguas chimeneas retorcidas y talladas. El muro del parque discurría paralelo a la calzada durante doscientos o trescientos metros, y a través de los diferentes puntos por los que la mirada se abría paso hacia el arbolado, el parque parecía bien poblado de caza. Se sucedían nuevas perspectivas: ora una vista frontal completa del viejo castillo, ora un vislumbre lateral de sus torres particulares; la primera rebosante de toda la bizarría de la escuela isabelina, mientras que la solidez sencilla y maciza de otras partes del edificio parecía revelar que habían sido erigidas más para la defensa que para la ostentación.

Encantado con los vistazos parciales que alcanzaba a obtener del castillo entre los bosques y los claros que rodeaban aquella antigua fortaleza feudal, nuestro viajero militar decidió averiguar si merecería una visita más próxima, y si contenía retratos de familia u otros objetos de curiosidad dignos de la visita de un forastero; cuando, dejando atrás las inmediaciones del parque, rodó por una calle limpia y bien empedrada y se detuvo ante la puerta de una posada muy frecuentada.

Antes de ordenar que le trajeran caballos para proseguir el viaje, el general Browne indagó sobre el propietario del castillo que tanto había atraído su admiración, y recibió con igual sorpresa que satisfacción la respuesta: un noble a quien llamaremos lord Woodville. ¡Qué fortuna! Gran parte de los recuerdos más tempranos de Browne, tanto del colegio como de la universidad, estaban ligados al joven Woodville, a quien, mediante unas pocas preguntas, comprobó ahora que era el mismo dueño de aquel hermoso dominio. Había accedido al título nobiliario por el fallecimiento de su padre algunos meses atrás y, según informó al general el posadero, concluido el luto, tomaba ahora posesión de la finca paterna en la jovial estación del alegre otoño, acompañado de un selecto grupo de amigos para disfrutar de la caza en un territorio famoso por su riqueza cinegética.

La noticia era deliciosa para nuestro viajero. Frank Woodville había sido el fag de Richard Browne en Eton y su íntimo compañero en el Christ Church; habían compartido placeres y tareas, y el honrado corazón del sol-

dado se alegraba al encontrar a su viejo amigo en posesión de tan encantadora residencia y de una finca que, según el posadero le aseguró con un gesto cómplice, era más que suficiente para sustentar y acrecentar su dignidad. Nada más natural que el viajero interrumpiera un viaje que ninguna urgencia imponía para visitar a un antiguo amigo en circunstancias tan gratas.

Los caballos frescos no tuvieron, pues, otra tarea que conducir el carruaje del general hasta el castillo de Woodville. Un portero los recibió en una portería neogótica construida en ese estilo para armonizar con el propio castillo, y al mismo tiempo hizo sonar una campana para anunciar la llegada de los visitantes. Al parecer, el sonido de la campana había interrumpido la dispersión de la compañía dispuesta a los distintos entretenimientos de la mañana, pues al entrar en el patio del castillo varios jóvenes paseaban con sus atavíos de caza, contemplando y criticando a los perros que los guardas tenían preparados para acompañarlos en su excursión. Cuando el general Browne descendió del carruaje, el joven lord acudió a la puerta del vestíbulo y por un instante miró como a un extraño el semblante de su amigo, en el que la guerra, con sus fatigas y sus heridas, había operado una gran transformación. Pero la vacilación no duró más que hasta que el visitante habló, y el cordial saludo que siguió fue de aquellos que solo pueden intercambiarse quienes han pasado juntos los alegres días de la infancia despreocupada o de la primera juventud.

— Si hubiera podido formarme un deseo, querido Browne — dijo lord Woodville —, habría sido que estuvieras aquí, de entre todos los hombres, en esta ocasión que mis amigos tienen la bondad de celebrar como una especie de fiesta. No creas que has pasado inadvertido durante los años que llevas alejado de nosotros. Te he seguido la pista a través de tus peligros, tus triunfos, tus infortunios, y me alegraba ver que, ya en la victoria, ya en la derrota, el nombre de mi viejo amigo siempre se distinguía con aplausos.

El general dio una respuesta apropiada y felicitó a su amigo por sus nuevas dignidades y por la posesión de un lugar y un dominio tan hermosos.

— Nada habéis visto todavía — dijo lord Woodville —, y confío en que no penséis marcharos antes de conocerlo mejor. Es cierto, lo confieso, que mi actual compañía es bastante numerosa, y la vieja casa, como otros lugares

similares, no ofrece tanto acomodo como la extensión de sus muros exteriores parece prometer. Pero podemos daros una cómoda habitación a la antigua usanza, y me atrevo a suponer que vuestras campañas os han enseñado a daros por contentos con peores aposentos.

El general se encogió de hombros y soltó una carcajada.

—Supongo —dijo— que el peor aposento de vuestro castillo es considerablemente superior al viejo tonel de tabaco en que me vi obligado a pasar la noche cuando estaba en la espesura, como la llaman los virginianos, con el cuerpo ligero. Allí yacía como el propio Diógenes, tan satisfecho de mi refugio contra los elementos que hice un vano intento de hacerlo rodar hasta mi siguiente cuartel; pero mi comandante de entonces no consintió en tan lujosa provisión, y me despedí de mi amado tonel con lágrimas en los ojos.

—Bueno, pues si no teméis vuestros aposentos —dijo lord Woodville—, os quedaréis conmigo al menos una semana. De escopetas, perros, cañas de pescar, moscas artificiales y medios de esparcimiento por tierra y por agua tenemos de sobra; no podréis nombrar una diversión de la que no tengamos los medios para disfrutarla. Y si preferís la escopeta y los perros de muestra, os acompañaré yo mismo para ver si habéis mejorado vuestra puntería desde que estuvisteis entre los indios de las colonias del interior.

El general aceptó de buen grado la propuesta de su hospitalario anfitrión en todos sus términos. Tras una mañana de ejercicio viril, la compañía se reunió a cenar, y fue el deleite de lord Woodville conducir a la exhibición de las altas cualidades de su recobrado amigo, de modo que lo recomendará a sus invitados, la mayoría de los cuales eran personas de distinción. Indujo al general Browne a hablar de las escenas que había presenciado, y como cada palabra revelaba por igual al oficial valeroso y al hombre sensato que conservaba la serenidad de juicio en los momentos de mayor peligro, la compañía miró al soldado con respeto general, como a alguien que había demostrado poseer una porción poco común de valor personal, ese atributo, entre todos, del que todo el mundo desea que se le tenga por poseedor.

El día en el castillo de Woodville terminó como suele terminar en tales mansiones. La hospitalidad se mantuvo dentro de los límites del buen orden; la música, en la que el joven lord era un consumado, sucedió a la circulación de las botellas; las cartas y el billar, para quienes preferían tales entretenimientos, estaban dispuestos; pero el ejercicio de la mañana exigía ho-

ras tempranas, y poco después de las once la compañía comenzó a retirarse a sus respectivos aposentos.

El propio joven lord condujo a su amigo, el general Browne, a la habitación que le tenía destinada, que correspondía a la descripción que había hecho de ella: cómoda, aunque a la antigua usanza. La cama era de la forma maciza en uso a finales del siglo XVII, y las cortinas de seda desvaída, recargadamente guarnecidas con galón de oro deslucido. Pero las sábanas, las almohadas y las mantas parecían deliciosas al veterano de campaña cuando pensaba en su morada, el tonel. Había un aire de melancolía en los tapices que revestían las paredes de la pequeña habitación y que se ondulaban suavemente cuando la brisa otoñal se colaba por la antigua ventana de celosía, que repiqueteaba y silbaba al paso del aire. El tocador también, con su espejo turbantado a la moda de principios de siglo con un velo de seda de color granate, y sus cien cajas de formas extrañas que servían para arreglos caídos en desuso hacía más de cincuenta años, tenía un aspecto anticuado y, por ende, melancólico. Pero nada podía arder con más vivo resplandor y más alegría que las dos grandes velas de cera, o si algo podía rivalizar con ellas, eran los troncos que crepitaban y llamaban en la chimenea, difundiendo a la vez su luz y su calor por el recogido aposento, que, pese a su apariencia generalmente vetusta, no carecía de ninguna de las comodidades que los hábitos modernos hacían necesarias o deseables.

—Es un dormitorio a la antigua usanza, general —dijo el joven lord—, pero espero que no encuentre en él nada que le haga envidiar su viejo tonel de tabaco.

—No soy exigente en cuanto a mis aposentos —respondió el general—, y sin embargo, si hubiera de elegir, preferiría esta habitación con mucho a las más vistosas y modernas de vuestra mansión familiar. Creedme: cuando uno y su aspecto confortable moderno se conjugan con su venerable antigüedad, y recuerdo que es propiedad de vuestro abuelo, me sentiré mejor aposentado aquí que en el mejor hotel de Londres.

—Confío sin duda alguna en que os encontréis tan cómodo como deseo, mi querido general —dijo el joven noble, y despidiéndose de su huésped por última vez, le estrechó la mano y se retiró.

El general volvió a recorrer la habitación con la mirada y, felicitándose interiormente por su regreso a la vida apacible, cuyas comodidades se le

hacían más gratas aún por el recuerdo de las penalidades y los peligros que acababa de soportar, se desvistió y se dispuso a disfrutar de un reparador descanso nocturno.

Aquí, contrariamente a la costumbre de este género de relatos, dejamos al general en posesión de su aposento hasta la mañana siguiente.

La compañía se reunió para el desayuno a hora temprana, mas sin que apareciera el general Browne, que parecía el huésped que lord Woodville deseaba honrar por encima de todos los reunidos en torno a él. Más de una vez expresó su sorpresa por la ausencia del general y, finalmente, envió a un criado a preguntar por él. El hombre volvió con la información de que el general Browne había salido a caminar desde primera hora de la mañana, a despecho del tiempo, que era brumoso y desapacible.

—Costumbre de soldado —dijo el joven noble a sus amigos—: muchos de ellos adquieren una vigilancia habitual y no pueden dormir pasada la hora temprana en que el deber suele obligarles a estar en pie.

Con todo, la explicación que lord Woodville ofreció así a la compañía no parecía satisfacer a su propio ánimo, y fue en un estado de silencio y abstracción como aguardó el regreso del general. Este tuvo lugar casi una hora después de que hubiera sonado la campana del desayuno. El general tenía aspecto de fatiga y fiebre. Su cabello, cuyo empolvado y arreglo era a la sazón una de las ocupaciones más importantes del día de cualquier hombre y marcaba su elegancia tanto como en el tiempo presente el nudo de una corbata o la falta de ella, estaba despeinado, sin rizar, sin polvo y húmedo de rocío. Su ropa estaba puesta con una negligencia descuidada llamativa en un militar cuyos deberes reales o supuestos suelen implicar cierta atención al aseo personal, y su semblante era angustiado y espectral en grado singular.

—Vaya, nos habéis dado esquinazo esta mañana, mi querido general —dijo lord Woodville—, o no habéis encontrado vuestra cama tan de vuestro agrado como yo esperaba y vos parecíais esperar. ¿Cómo habéis descansado esta noche?

—¡Oh, muy bien! ¡Extraordinariamente bien! Nunca he dormido mejor en mi vida —dijo el general Browne con precipitación, aunque con un aire de turbación que era evidente para su amigo. A continuación apuró

apresuradamente una taza de té y, desatendiendo o rechazando cuanto se le ofrecía, pareció sumirse en un estado de abstracción.

—¿Saldréis hoy con la escopeta, general? —preguntó su amigo y anfitrión, pero tuvo que repetir la pregunta dos veces antes de recibir la brusca respuesta:

—No, milord; lo siento, pero no puedo tener el honor de pasar otro día con vuecelencia. Mis caballos de posta están encargados y llegarán de un momento a otro.

Todos los presentes mostraron sorpresa, y lord Woodville replicó de inmediato:

—¿Caballos de posta, buen amigo? ¿Para qué puede necesitarlos cuando prometió quedarse conmigo tranquilamente al menos una semana?

—Creo —dijo el general, visiblemente muy turbado— que en el placer de mi primer encuentro con vuecelencia pude decir algo acerca de detenerme aquí unos días, pero desde entonces lo he encontrado del todo imposible.

—Es muy extraordinario —respondió el joven noble—. Ayer parecíais completamente libre de compromisos y no podéis haber recibido ningún llamamiento hoy, pues el correo no ha llegado aún desde la ciudad y, por lo tanto, no podéis haber recibido carta alguna.

El general Browne, sin dar ninguna explicación adicional, murmuró algo acerca de asuntos ineludibles e insistió en la necesidad absoluta de su partida de un modo que silenció toda oposición por parte de su anfitrión, quien vio que la resolución estaba tomada y se abstuvo de insistir más.

—Al menos, sin embargo —dijo—, permitidme, querido Browne, ya que os vais o debéis ir, mostraros la vista desde la terraza, que la niebla que ya se levanta pronto dejará al descubierto.

Abrió una ventana de guillotina y bajó a la terraza al tiempo que hablaba. El general le siguió maquinalmente, pero apenas parecía atender a lo que decía su anfitrión mientras, señalando al otro lado de una extensa y rica perspectiva, iba indicándole los distintos objetos que merecían observación. Así fueron avanzando hasta que lord Woodville hubo conseguido su propósito de apartar por completo a su huésped del resto de la compañía,

momento en que, volviéndose hacia él con aire de gran solemnidad, le dirigió estas palabras:

—Richard Browne, mi viejo y muy querido amigo, estamos solos. Os conjuro a que me respondáis por la palabra de un amigo y el honor de un soldado: ¿cómo descansasteis en realidad durante la pasada noche?

—De la manera más miserable, milord —respondió el general en el mismo tono de solemnidad—; tan miserablemente que no me arriesgaría a pasar una segunda noche semejante ni por todas las tierras pertenecientes a este castillo, ni por todo el país que divisó desde este punto elevado.

—Esto es de lo más extraordinario —dijo el joven lord, como hablando consigo mismo—; entonces debe de haber algo de cierto en los rumores concernientes a ese aposento. —Volviéndose de nuevo hacia el general, añadió—: Por amor de Dios, querido amigo, sed franco conmigo y hacedme saber los desagradables pormenores que os han ocurrido bajo un techo donde, con el consentimiento de su dueño, no deberíais haber encontrado sino bienestar.

El general pareció angustiado por este ruego y guardó silencio un momento antes de responder.

—Milord —dijo al fin—, lo que me ocurrió anoche es de una naturaleza tan peculiar y tan desagradable que difícilmente podría llevarme a referirlo incluso a vucelencia, de no ser que, independientemente de mi deseo de satisfacer cualquier petición vuestra, creo que mi sinceridad puede conducir a alguna explicación sobre una circunstancia igualmente penosa y misteriosa. Para otros, la comunicación que estoy a punto de hacer podría ponerme en el lugar de un mentecato débil y supersticioso que dejó que su propia imaginación le engañara y lo confundiera; pero vos me conocisteis en la infancia y en la juventud, y no sospecharéis que en la madurez haya adoptado los sentimientos y las flaquezas de las que estuvo libre mi temprana edad.

Hizo aquí una pausa, y su amigo respondió:

—No dudéis de mi plena confianza en la verdad de vuestra comunicación, por extraña que sea. Conozco demasiado bien vuestra firmeza de carácter para sospechar que podáis ser víctima de un engaño, y sé que vue-

stro honor y vuestra amistad os disuadirán por igual de exagerar cuanto hayáis presenciado.

—Pues bien —dijo el general—, procederé con mi relato lo mejor que pueda, confiando en vuestra imparcialidad, aunque sintiéndome con toda claridad que preferiría afrontar una batería antes que evocar los odiosos recuerdos de la pasada noche.

Hizo una segunda pausa y, al percibir que lord Woodville permanecía en silencio y en actitud de atención, comenzó, aunque no sin visible reticencia, el relato de sus aventuras nocturnas en la Cámara de los Tapices.

—Me desvestí y me acosté en cuanto vuecelencia me dejó ayer por la tarde; pero la leña en la chimenea, que quedaba casi enfrente de mi cama, ardía viva y alegremente, y, ayudada por cien excitantes recuerdos de mi infancia y mi juventud que el inesperado placer de encontrarme con vuecelencia había evocado, me impidió conciliar el sueño de inmediato. Debo decir, sin embargo, que todas aquellas reflexiones eran de naturaleza placentera y agradable, fundadas en la conciencia de haber trocado por un tiempo las fatigas, los trabajos y los peligros de mi profesión por los goces de la vida apacible y el reencuentro con los vínculos de amistad y afecto que el rudo llamamiento de la guerra me había obligado a romper.

»Mientras tan gratos pensamientos se iban adueñando de mi mente y me adormecían poco a poco, me sobresaltó de repente un sonido semejante al frufú de una falda de seda y al taconeo de unos zapatos de tacón alto, como si una mujer caminara por el aposento. Antes de que pudiera descorrer las cortinas para ver qué ocurría, la figura de una mujer pequeña pasó entre la cama y el fuego. La espalda de aquella forma me daba la cara, y pude observar por los hombros y el cuello que era una anciana cuyo vestido era una bata de anticuado corte que, según creo, las damas llaman sacque; es decir, una especie de traje completamente suelto por el cuerpo pero fruncido en amplios pliegues sobre el cuello y los hombros, que caen hasta el suelo y terminan en una especie de cola.

»Consideré la intrusión bastante singular, pero no me pasó por la mente ni por un momento la idea de que lo que veía fuera algo más que la forma mortal de alguna anciana del servicio de la finca que tuviera la extravagancia de vestirse como su abuela y que, quizás (como vuecelencia mencionó que el espacio era bastante limitado) desterrada de su habitación para ceder-

la a mi acomodo, hubiera olvidado la circunstancia y regresado a su antigua guarida. Con este convencimiento me moví en la cama y tosí levemente para que la intrusa comprendiera que yo estaba en posesión del aposento. Se volvió lentamente, pero, ¡Dios del cielo, milord!, ¿qué semblante fue el que me mostró? Ya no cabía ninguna duda sobre lo que era, ni pensamiento alguno de que fuera un ser viviente. En un rostro que presentaba los rasgos fijos de un cadáver estaban impresas las huellas de las más viles y horribles pasiones que la habían animado en vida. El cuerpo de alguna criminal atroz parecía haber sido devuelto por la tumba y el alma restituida desde el fuego penal para formar durante un tiempo una unión con la antigua cómplice de su culpa. Me incorporé en la cama y me senté erguido, sosteniéndome sobre las palmas de las manos, mientras contemplaba aquella horrible aparición. La arpía dio lo que pareció un único y veloz paso hasta la cama donde yo yacía y se acuclilló en ella, adoptando exactamente la misma postura que yo había adoptado en el extremo del horror, acercando su diabólico semblante a menos de medio metro del mío, con una mueca que parecía expresar la malicia y la mofa de un demonio encarnado.

Aquí el general Browne se detuvo y se enjugó de la frente el sudor frío que el recuerdo de su horrible visión la había cubierto.

—Milord —dijo—, no soy un cobarde. He afrontado todos los peligros mortales propios de mi profesión, y puedo afirmar con verdad que ningún hombre vio jamás a Richard Browne deshonar la espada que ciñe; pero en aquellas horribles circunstancias, bajo la mirada y, según me parecía, casi entre las garras de la encarnación de un espíritu maligno, toda firmeza me abandonó, toda hombría se derritió en mí como la cera en el horno, y sentí que cada uno de mis cabellos se erizaba. La corriente de mi sangre dejó de fluir y caí desmayado, tan cabal víctima del terror pánico como jamás lo fue una aldeana o un niño de diez años. Cuánto tiempo permanecí en este estado no me atrevo a calcular.

»Pero me despertó el reloj del castillo que daba la una, tan sonoramente que parecía estar en la misma habitación. Tardé algún tiempo en atreverme a abrir los ojos, por temor a que volvieran a toparse con el horrible espectro. Cuando, sin embargo, reuní valor para levantar la mirada, ya no era visible. Mi primer pensamiento fue tirar del cordón de la campanilla, despertar a los criados y trasladarme a una buhardilla o a un pajar, para ponerme a salvo de una segunda visita. Más aún, confieso la verdad: mi resolución no fue alter-

ada por la vergüenza de delatarme, sino por el miedo de que el cordón de la campanilla, colgado junto a la chimenea, pudiera hacerme cruzarme de nuevo con la infernal arpía, que, según me figuraba, podría seguir acechando en algún rincón del aposento.

»No pretenderé describir los ardores y escalofríos con que me atormentaron, durante el resto de la noche, entre sueños entrecortados, vigiliass fatigosas y ese estado equívoco que forma la tierra de nadie entre ambos. Cien objetos terroríficos parecieron perseguirme; pero había una gran diferencia entre la visión que he descrito y los que vinieron después, pues a estos últimos los reconocí como engaños de mi propia fantasía y de mis nervios sobreexcitados.

»Llegó al fin el día, y me levanté de la cama enfermo y con el ánimo humillado. Me avergoncé de mí mismo como hombre y como soldado, y aún más al percibir mi propio vivo deseo de escapar del aposento encantado, que, sin embargo, venció a todas las demás consideraciones; así que, poniéndome la ropa con la más descuidada precipitación, huí de la mansión de vuecelencia para buscar al aire libre algún alivio para mi sistema nervioso, sacudido como había quedado por aquel horrible encuentro con una visitante —pues tal debo creer que era— del otro mundo. Vuecelencia conoce ahora la causa de mi turbación y de mi súbito deseo de abandonar su hospitalario castillo. En otros lugares confío en que nos encontremos con frecuencia; pero ¡Dios me libre de pasar una segunda noche bajo aquel techo!

Por extraño que fuera el relato del general, lo contó con tal aire de profunda convicción que cortó de raíz todos los comentarios habituales que suelen hacerse sobre semejantes historias. Lord Woodville no le preguntó ni una sola vez si estaba seguro de no haber soñado la aparición, ni sugirió ninguna de las posibilidades con que se acostumbra a explicar los fenómenos sobrenaturales, como divagaciones de la fantasía o engaños del nervio óptico. Al contrario, parecía profundamente impresionado por la verdad y la realidad de lo que había escuchado, y después de una pausa considerable, lamentó con toda apariencia de sinceridad que su viejo amigo hubiera sufrido tan gravemente en su casa.

— Tanto más lo siento, querido Browne —continuó—, cuanto que es el infeliz, aunque del todo inesperado, resultado de un experimento mío.

Debéis saber que, al menos desde los tiempos de mi padre y de mi abuelo, el aposento que se os asignó anoche había permanecido cerrado a causa de los rumores de que estaba perturbado por visiones y ruidos sobrenaturales. Cuando vine, hace unas semanas, a tomar posesión de la finca, pensé que el acomodo que el castillo ofrecía a mis amigos no era suficientemente amplio para permitir que los habitantes del mundo invisible siguieran ocupando un confortable dormitorio. Mandé, pues, abrir la Cámara de los Tapices, como la llamamos, y sin destruir su aire de antigüedad, hice colocar en ella los artículos de mobiliario que los tiempos modernos requieren. Sin embargo, como la opinión de que la habitación estaba encantada prevalecía con mucha fuerza entre la servidumbre, y era conocida también en los alrededores y por muchos de mis amigos, temí que algún prejuicio pudiera albergar el primer ocupante de la Cámara de los Tapices, lo que podría contribuir a revivir la mala fama que había pesado sobre ella y frustrar así mi propósito de convertirla en una parte útil de la casa. Debo confesar, querido Browne, que vuestra llegada de ayer, grata para mí por mil razones además de esta, me pareció la ocasión más favorable para disipar los desagradables rumores que se adherían a la habitación, ya que vuestro valor era indudable y vuestra mente estaba libre de toda preocupación al respecto. No podría haber elegido, pues, un sujeto más adecuado para mi experimento.

—A fe mía —dijo el general Browne algo precipitadamente—, estoy infinitamente obligado a vuecelencia..., en verdad muy particularmente en deuda. Es probable que recuerde durante algún tiempo las consecuencias del experimento, como vuecelencia se complace en llamarlo.

—No, ahora sois injusto, querido amigo —dijo lord Woodville—. Solo tenéis que reflexionar un instante para convenceros de que no podía yo prever la posibilidad del sufrimiento al que tan desgraciadamente habéis sido expuesto. Ayer por la mañana era un escéptico completo en materia de apariciones sobrenaturales. Es más, estoy seguro de que si os hubiera contado lo que se decía de aquella habitación, esos mismos rumores os habrían inducido, por vuestra propia elección, a seleccionarla como alojamiento. Fue mi desgracia, quizás mi error, pero realmente no puede llamarse culpa mía que hayáis sido afligidos de manera tan extraña.

—¡Extraña, sin duda! —dijo el general, recbrando su buen humor—. Y reconozco que no tengo derecho a ofenderme con vuecelencia por haberme tratado como lo que yo solía creer que era: un hombre de cierta firmeza y

valor. Pero veo que mis caballos de posta han llegado y no debo entreteneros más, milord.

—No, viejo amigo —dijo lord Woodville—, ya que no podéis quedaros con nosotros otro día, lo que, en efecto, ya no puedo exigir, dadme al menos media hora más. Siempre os gustaron los cuadros, y tengo una galería de retratos, algunos de ellos de Vandyke, que representan a los antepasados a quienes esta propiedad y este castillo pertenecieron. Creo que varios de ellos os parecerán de mérito.

El general aceptó la invitación, aunque con cierta relucencia. Era evidente que no respiraría con libertad ni con sosiego hasta dejar muy atrás el castillo de Woodville. No podía, sin embargo, negarse a la invitación de su amigo, tanto menos cuanto que se avergonzaba un poco del malhumor que había mostrado hacia su bienintencionado anfitrión.

El general siguió, pues, a lord Woodville a través de varias salas hasta una larga galería colgada de cuadros que el último iba señalando a su huésped, diciendo los nombres y dando algunos datos sobre los personajes cuyos retratos se presentaban en sucesión. El general Browne se interesaba bien poco por los pormenores que aquellos relatos le transmitían. Eran, en efecto, del tipo que suele encontrarse en una vieja galería familiar. Aquí había un Caballero que había arruinado el patrimonio por la causa real; allí una bella dama que lo había restaurado contrayendo matrimonio con un acaudalado Cabeza Redonda. Allá colgaba un galán que había estado en peligro por mantener correspondencia con la corte exiliada de Saint-Germain; aquí uno que había tomado las armas por Guillermo en la Revolución, y más allá un tercero que había echado su peso alternativamente en la balanza de los whigs y los tories.

Mientras lord Woodville iba embuchando estas palabras en el oído de su huésped «contra el estómago de su sentido», llegaron a la mitad de la galería, cuando vio al general Browne dar súbitamente un respingo y adoptar una actitud de la mayor sorpresa, no exenta de miedo, al ser atrapada y súbitamente clavada su mirada en el retrato de una anciana con sacque, el vestido de moda de finales del siglo XVII.

—¡Es ella! —exclamó—. ¡Es ella, en forma y rasgos, aunque inferior en expresión demoníaca a la maldita arpía que me visitó anoche!

—Si eso es así —dijo el joven noble—, ya no puede quedar ninguna duda sobre la horrible realidad de vuestra aparición. Ese es el retrato de una miserable antepasada mía de cuyos crímenes hay en mi archivo familiar un catálogo negro y pavoroso. Referirlos sería demasiado horrible; baste decir que en aquel funesto aposento se cometieron incesto y asesinato antinatural. Lo restituiré a la soledad a que el mejor criterio de quienes me precedieron lo había condenado, y nunca, mientras yo pueda impedirlo, quedará nadie expuesto a la repetición de los horrores sobrenaturales que pudieron sacudir un valor como el vuestro.

Así se separaron los amigos que se habían encontrado con tanta alegría en un talante muy diferente: lord Woodville, para ordenar que se desmontara la Cámara de los Tapices y se tapiara la puerta, y el general Browne, para buscar en algún país menos hermoso, y con algún amigo menos ilustre, el olvido de la dolorosa noche que había pasado en el castillo de Woodville.

Fin

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB